

Epílogo

Al término de este recorrido en compañía de un conjunto de movimientos, grupos y activistas es preciso ahora terminar de unir los distintos puntos para que surja un panorama global. Volvamos primero, muy brevemente, sobre los aportes de cada capítulo, antes de proponer algunas pistas de síntesis y apertura.

Aportes

De las salvadoreñas, retendremos esencialmente: 1) la importancia de haber sido formadas en la teología de la liberación y en organizaciones políticas de izquierda marxista-leninistas, a partir de donde muchas de las futuras feministas forjaron su comprensión de la justicia, su voluntad de construir el (los) movimiento(s) desde la base y una visión política estructural; 2) la necesidad en cierto momento de una toma de autonomía ideológica (más que organizacional, aunque ambas estén a menudo ligadas) frente a esas organizaciones, con el propósito de ver más allá de la sola lucha de clases, y poder también articular un análisis crítico de las relaciones sociales de sexo.

En cuanto a las indígenas zapatistas, lo esencial para nuestro propósito es: 1) poner en el centro el problema de la tierra, base misma de la supervivencia como grupo, tanto en el plano cultural como material, que subyace al conjunto de las estrategias zapatistas y de numerosas poblaciones autóctonas del continente y, por consiguiente, de las mujeres en estas poblaciones; 2) la cuestión de la tierra lleva a pensar en términos de colonización y recolonización; 3) y también coloca a las mujeres en posiciones particulares respecto a las dinámicas familiares y comunitarias, ya que la cuestión de la propiedad y del usufructo individual y colectivo de las tierras, estructuran sus intereses frente a la unión matrimonial, a la procreación, al rol maternal y por lo tanto a la heterosexualidad como el sistema político-clave que organiza las relaciones sociales de sexo.

El trabajo teórico y práctico del *Combahee River Collective*: 1) permite plantear por primera vez la idea de una imbricación de los sistemas de opresión, donde las personas minorizadas en el conjunto de los sistemas perciben los efectos como simultáneos y no jerarquizables; 2) ello permite principalmente pensar que las personas minorizadas pueden luchar no solamente por intereses ajenos, sino también por los intereses propios y, haciendo esto; 3) apoyan a todos los grupos parcialmente minorizados, porque su liberación implica la de todos los demás grupos. Sin embargo, esta última afirmación, que resulta de un punto ciego de su razonamiento, vinculado a su posición, lamentablemente es en parte inexacta, hecho que explica la dificultad de establecer realmente alianzas sólidas con grupos que benefician de privilegios parciales.

Las feministas y las lesbianas negras de Abya Yala traen: 1) una comprensión fina —y crítica— de la identidad, ya que, para ellas, ser negro/a es un devenir, y es el resultado de un trabajo cultural colectivo histórico y de un proceso personal cotidiano. 2) Afirmar que la cultura es una construcción política permanente, una herramienta de lucha y no una entidad fija que se debe preservar, les permite una mayor libertad frente a la institución familiar, a la dependencia respecto a los padres, a los maridos y al pensamiento *straight*. 3) La centralidad de las mujeres como oficiantes y como “divinidades” en ciertas espiritualidades (re)construidas en la diáspora, junto con la organización de una solidaridad material comunitaria, les permite tener desde hace mucho tiempo —al interior de su grupo— una mejor posición que la que tienen las mujeres blancas-mestizas en el suyo.

Las feministas del Abya Yala, a escala continental, al distinguirse claramente (y con dificultades) del movimiento de mujeres: 1) ilustran un movimiento feminista capaz de plantear explícitamente el problema de las diferencias de clases en su interior, sabiendo que, en el contexto continental, dichas diferencias de clases son casi inmediatamente racializadas. En este contexto, 2) el “feminismo de los sectores populares” ha constituido una tentativa por pensar junto la transformación de las relaciones sociales de sexo y de clase-raza. Sin embargo, en un contexto muy particular en el que se conjugan la crisis económica y política profunda post caída del Muro, el giro neoliberal y la dependencia hacia el dinero de la cooperación para el desarrollo (siendo este último punto des-

conocido en los países del Centro), 3) esta corriente fracasó, sobre todo porque sus dirigentas eran mayoritariamente privilegiadas por la clase-raza y en este sentido, estaban desfasadas respecto a las categorías sociales en nombre de las cuales actuaban. 4) Además, su acción fue sobredeterminada por la cooperación internacional dominada por el Norte-Centro, cuyas lógicas consisten en favorecer la mundialización neoliberal “domesticando” al movimiento feminista y tratando de instrumentalizar a las mujeres.

Por último, la corriente autónoma del feminismo continental: 1) ha combinado el aporte inicial de feministas diversas en términos de posición de raza y clase, en promedio relativamente poco marcadas por la experiencia de la izquierda armada, pero más implicadas en las luchas antirracistas que otras feministas, y desarrollando para la mayoría una fuerte crítica de la heterosexualidad. Es a partir de esta posición 2) que esta corriente pasó progresivamente de una crítica de la institucionalización y de la cooperación al desarrollo, a un análisis crítico de la mundialización neoliberal formulada primero en términos de imbricación de las relaciones sociales de sexo, raza y clase, y luego, progresivamente en términos decoloniales. Al hacer esto, 3) renovaron profundamente el análisis político, en términos teóricos, a la vez que llegaron a una propuesta de búsqueda de alianza muy amplia. Sin embargo, ya no se trata, como en el caso del *Combabebe*, que todo el mundo “siga” el análisis y las luchas de grupos que son minoritarios en todas las relaciones sociales, sino más bien, 4) que puedan construirse alianzas horizontales en torno a un proyecto global de alternativa a la recolonización, nutrido por los análisis situados de diferentes sectores (pueblos racializados, campesinado, mujeres).

Aperturas

En cuanto a las aperturas, distinguiré cuatro puntos: la crítica del género, la de las identidades y de la interseccionalidad, el interés de la perspectiva de la imbricación *de las relaciones sociales* más que de los sistemas de opresión, y finalmente el caminar de un número creciente de activistas y de teóricas hacia perspectivas decoloniales.

Sé bien que hay críticas conservadoras, antifeministas y lesbóforas del concepto de género, que podrían llevarnos a defenderlo *mordicus* o por lo menos envolverlo de un silencio protector. Considero sin embargo importante proponer una crítica lesbiana-feminista, antirracista y anticapitalista radical del género, apoyándome muy especialmente en los análisis del feminismo autónomo de América Latina. Las consideraciones que siguen se dirigen no tanto al concepto “académico” de género (cuya crítica ya ha sido ampliamente hecha por Butler de cierto modo, pero también antes, gracias a los conceptos de *relaciones sociales de sexo* y muy especialmente de las *relaciones sociales de sexaje* propuestos por Guillaumin), sino más bien al género como herramienta de las políticas públicas y de “desarrollo”. Se les puede sintetizar así: 1) tirando hacia la psicología, lo individual, lo “micro”, el concepto de género borra muy a menudo el problema de las relaciones de poder estructurales, 2) es porque el género se refiere a una mujer abstracta, geográfica e históricamente descontextualizada, que se ha convertido en un instrumento tan eficaz para la estandarización y la masificación de las políticas “de género y desarrollo”, 3) unidimensional, no permite para nada pensar la imbricación de las relaciones sociales —en el mejor de los casos lleva a pensar la superposición de identidades, 4) introduce confusión en las estrategias: por una parte, orienta hacia alianzas volcadas al cuestionamiento de las *normas de género* sin plantear el problema de las *relaciones de poder de sexo* y empuja hacia alianzas discutibles desde el punto de vista de las relaciones sociales de sexo (con grupos mayoritarios respecto a las mujeres o con luchas no-feministas), y por otra parte, desvía las alianzas con otros grupos que comparten luchas estructurales antirracistas y/o de clase, 5) por todo lo anterior, se trata de un concepto reductor y despolitizante que le conviene perfectamente al modelo neoliberal, al impedir pensar en términos de relaciones sociales y por ello, al impedir pensar la existencia de varias relaciones sociales que actúan simultáneamente para producir la vida cotidiana que conocemos como la mundialización neoliberal.

Segundo punto: algunas luchas “identitarias” buscan afirmar posiciones materiales individuales y colectivas que resultan de fenómenos históricos que deben ser nombrados y visibilizados, como el genocidio, la colonización, la trata y la esclavitud. Es así que el

“devenir” negro por ejemplo, constituye indudablemente una estrategia de lucha esencial. La afirmación lésbica, que permite visibilizar el carácter artificial de la heterosexualidad y las coacciones que impone no solamente a la expresión personal (de género, de deseo) sino también a la organización matrimonial y procreativa de las sociedades a través lógicas heteropatriarcales, es igualmente fundamental. Sin embargo, estas propuestas deben ser diferenciadas de un “esencialismo estratégico” y sobre todo de una “homogenización estratégica” tal como la encontramos en distintas formas de nacionalismo, entre otros. La crítica de la búsqueda-afirmación de su “identidad” por cada grupo, como un fin en sí, está ligada a la crítica de una cierta concepción de “la interseccionalidad”. Está formulada de manera particularmente explícita por Ochy Curiel, para quien la interseccionalidad:

tiende a un multiculturalismo liberal que pretende reconocer las diferencias incluyéndolas en un modelo de diversidad sin interrogar las razones que provocan esta necesidad de inclusión. En otros términos, es definida a partir de un paradigma moderno occidental eurocéntrico (Curiel, 2014).

Efectivamente, identidades e interseccionalidad se focalizan sobre unxs individuuxs, incluso sobre unos grupos enteros que ocuparían posiciones particulares en ciertos lugares “interseccionados” de las distintas formaciones sociales: esto puede ser útil para destacar discriminaciones o exigir reparaciones, pero es de poca ayuda para comprender el funcionamiento global de estas formaciones sociales. Por esto, es necesario al contrario desarrollar análisis estructurales y relacionales.

En este sentido, las pistas abiertas por el *Combabee* son particularmente importantes y ameritan ser seguidas, aunque con ligeras modificaciones, que alteran profundamente su alcance. Las feministas negras del *Combabee* ya habían puesto en evidencia la imbricación de varios *sistemas* sociales. Pero el hecho de pensar en términos de *relaciones sociales* imbricadas (y no de sistemas o con mayor razón de identidades) permite una comprensión más dinámica, más estructural y al mismo tiempo más contextualizada de lo que está en juego. Los vivos debates de los años 70 y 80 concernientes a los vínculos entre patriarcado y capitalismo permiten captar mejor las dificultades, o incluso los impases del pensamiento en término de

sistemas. Y cabe subrayar que nunca fueron zanjados satisfactoriamente. De hecho, pensado como una totalidad cerrada, el sistema es un objeto poco manipulable. Con dos sistemas ya, la metáfora espacial produce imágenes relativamente poco satisfactorias de dualidad, articulación, superposición, inclusión o autonomía relativa. Con tres sistemas “superpuestos” en una visión tridimensional, llegamos a una suerte de telescopaje casi indescriptible que evoca más a un “Cesar”¹ que a una descripción sociológica de la realidad. Lo que no ayuda a incluir, por ejemplo, al racismo en el análisis.

Pensar más bien en términos de relaciones sociales (de sexo, de clase y raza) como lo proponen las feministas materialistas francófonas, permite imaginar en cambio diferentes líneas de fuerzas móviles que separan a cada momento lxs individu@s en clases antagónicas en función de intereses precisos (que giran en torno al trabajo, en su sentido más amplio)². Según los períodos históricos y los contextos, estas líneas de fuerza, que no son necesariamente rectas, pueden intersectar, o no, en uno o varios lugares, pueden estar o no situadas en el mismo plano y se desplazan sin cesar bajo el efecto de prácticas y luchas sociales individuales y colectivas multidireccionales. Las “clases” así producidas (de sexo, de raza y las denominadas clases “sociales”), que son dibujadas a cada instante de ambas partes de estas líneas materializando oposiciones de intereses, no son ni fijas ni homogéneas porque están permanentemente atravesadas por otras líneas, de las cuales ninguna es, ni a priori ni definitivamente más importante que las demás. La forma que toma la imbricación de estas líneas o relaciones sociales (cruzamiento, paralelismo, superposición u otra) está en perpetua evolución: el centro del análisis debe ser la *dinámica* de esta imbricación. Inevitablemente compleja, esta dinámica afortunadamente no es completamente aleatoria: todas las posibilidades que serían imaginables en lo absoluto no son realizables en la práctica. Al contrario, esta

1 Lllaman así a unas esculturas típicas del artista Cesar Baldacinni, conocido por aglutinar y comprimir objetos metálicos, hasta volverlos como ladrillos.

2 A diferencia de la lógica de la intersección de Crenshaw, lxs individu@s y los grupos no son imaginad@s como ubicad@s en el punto donde se cruzan las líneas materializando las discriminaciones, sino más bien de ambas parte de las líneas de polarización que materializan las relaciones sociales —las personas y los grupos deben ser imaginad@s por pares antagónicos situad@s más o menos lejos de una parte y de otra de las líneas, según una lógica de simetría ortogonal.

dinámica corresponde a evoluciones históricas concretas que resultan de estados anteriores, está anclada en la materialidad y en el espesor de las prácticas y de las luchas, y contiene en germen la posibilidad de un cierto número de transformaciones futuras, principalmente bajo el efecto de luchas colectivas para “hacer mover las líneas”. He propuesto por mi parte dos herramientas para empezar el estudio de la dinámica de la imbricación de las relaciones sociales: el concepto de *vasos comunicantes*, que busca comprender los reequilibramientos constantes de la división del trabajo (local e internacional) según las líneas de sexo, raza y clase (Falquet, 2015) y el de *combinatoria straight*, para aprehender mejor las lógicas individuales y colectivas de alianza matrimonial y de filiación (y por lo tanto de herencia y patrimonio) en términos simultáneos de sexo, raza y clase —en otros términos, para analizar la formación de individuos y de “linajes” mayoritarios o minoritarios, según los lugares y las épocas (Falquet, 2016).

Por último, se ve particularmente prometedor el giro en curso de una parte de las feministas y lesbianas, muy particularmente de ciertas “autónomas” del continente, hacia un conjunto de perspectivas decoloniales aún en curso de elaboración, incluyendo el “feminismo comunitario” levantado por diversas feministas autóctonas en la lucha contra el acaparamiento de su territorio-tierra y de su territorio-cuerpo (Cabnal, 2015). El GLEFAS, que hemos mencionado en el último capítulo, grupo transnacional continental que cuenta con una importante participación de feministas y lesbianas negras y Autóctonas e intenta hacer de puente entre el mundo académico y la militancia de terreno, concreta, en el marco de una política de alianzas muy abierta, es la mejor ilustración de este itinerario político e intelectual común a un conjunto de militantes de la región. Concluyendo de alguna manera un proceso de muchos años de trabajo, varias activistas y simpatizantes del GLEFAS han contribuido muchísimo a la organización del X encuentro lesbico-feminista de Abya Yala, que se realizó en 2014 en Colombia y constituye el último encuentro lesbiana-feminista continental hasta ahora. Este encuentro *lésbico* tenía tres ejes de discusión centrales: las políticas neoliberales y neocoloniales y el régimen heterosexual; el racismo heterosexual; el militarismo heterosexual.³ Es así como

3 Para consultar las “Memorias” del Encuentro: https://revistamarea.com/wp-content/uploads/2018/10/Memoria_X_ELFAY_Colombia_2014.pdf

una parte del movimiento lésbico-feminista desarrolló y afirmó una comprensión de la heterosexualidad como un *sistema político indisociable de la mundialización neoliberal racista y patriarcal*. Colectivamente, las participantes produjeron un análisis de la mundialización neoliberal a través del prisma de las violencias contra las lesbianas, pero también contra las mujeres y más ampliamente aún, contra las poblaciones racializadas y empobrecidas —violencias producidas por un fenómeno de militarización creciente, necesario para vencer la oposición de las mayorías a este verdadero proceso de recolonización del continente por las empresas extractivistas transnacionales. Ellas también abordaron las resistencias a esta tentativa de recolonización, que pasan por las alianzas más amplias posibles, principalmente con los movimientos indígenas, negros, campesinos, anti-neoliberales, ecologistas, del Norte y del Sur. Construir estas alianzas constituye indudablemente una cuestión central para el conjunto de lxs minorizadx del mundo —y para ello, una clara comprensión de la imbricación de las relaciones sociales es indispensable. Espero que esta obra haya contribuido a este propósito.